

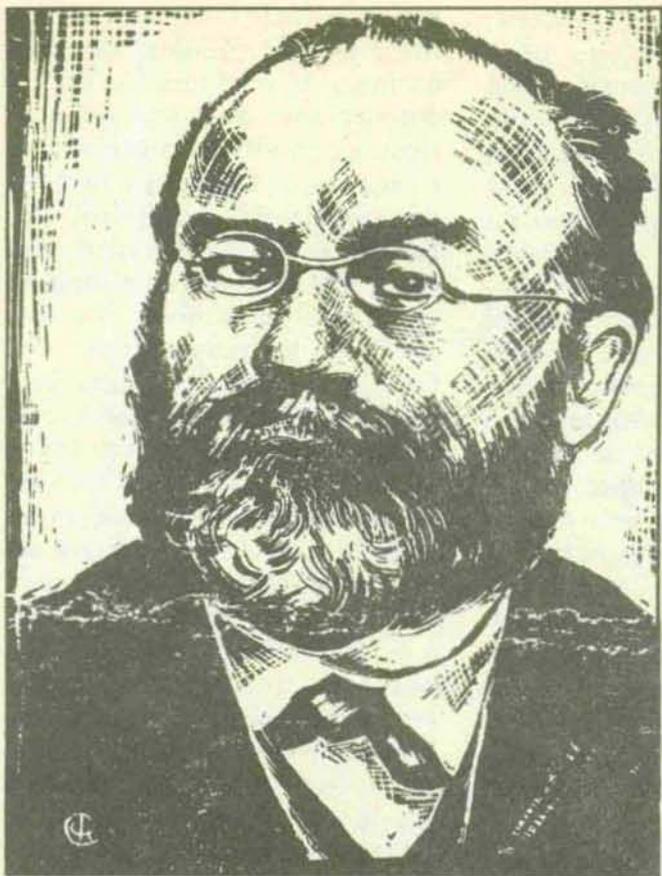


# Sorge:

## El espía que salvó a Moscú

Amaro del Rosal Díaz

**A** finales de 1941 descúbrese en Tokio una importante red de espionaje que causó profunda impresión en los países aliados y en los del eje Berlín-Roma-Tokio por su característica, transcendencia y consecuencias. Los historiadores consideran que la labor de ese grupo determinó los rumbos de victoria de la segunda guerra mundial. El personaje central de ese extraordinario centro conspirativo que venía operando desde que Hitler había subido al poder, era la figura de un gran periodista llamado Richard Sorge, hombre «de los nervios de hierro», como fue tildado por alguno de sus biógrafos. Ha sido el autor de una de las leyendas más fabulosas de la segunda guerra mundial.



Antonio Federico Sorge (1828-1906), último secretario de la Primera Internacional cuando ésta, después del Congreso de La Haya, se estableció en los Estados Unidos. Fue amigo de Carlos Marx y Federico Engels y era abuelo de Richard Sorge.



El príncipe Konoye (1891-1945), presidente del Consejo de Ministros Imperial de 1937 a 1939 y de 1940 a 1941, considerado «débil» fue sustituido por el general Tojo, en plena guerra mundial. Se suicidó tras la derrota del Japón.



Osaki Hozumi(a) OTTO. El principal colaborador del grupo Sorge. Diplomático japonés, consejero y confidente del príncipe Konoye. Fue ahorcado el 2 de noviembre de 1944.



Max Klausner. El radiotelegrafista del centro de espionaje de Sorge. Condenado a cadena perpetua, tras la desarticulación de la «red» Sorge.



**A**LLÁ por los cincuenta se han escrito algunas obras en relación con este histórico hecho, pero acaba de aparecer en París un nuevo relato titulado «L'Espión qui sauva Moscou» del que es autor el brillante periodista Robert Guillain, redactor de «Le Monde» especializado en asuntos de Extremo Oriente y que vivió en el Japón durante el tiempo en que Richard Sorge radicaba en Tokio como periodista corresponsal del diario alemán «Frankfurter Zeitung», con la reputación de ser el mejor corresponsal de prensa extranjera en la capital nipona.

Robert Guillain convivió con Richard Sorge en Tokio el turbulento período de 1938 a finales de 1941 en que fue descubierta la red y Sorge, con sus

principales colaboradores, arrestado. El periodista francés, además de ser corresponsal de «Le Monde» tenía a su cargo la dirección de la agencia Havas y como ayudante a un periodista yugoslavo llamado Branko Boukelitch que jugó un papel de primer orden como colaborador del espía «nazi», Richard Sorge, sin que su jefe francés descubriera su auténtica personalidad. Guillain continuó en su puesto hasta el final de la guerra. Testigo de primera mano, uno se pregunta cómo esperó treinta y siete años para narrar todo lo que sabía y sabe, a través de las relaciones permanentes que mantuvo con esa gran figura, con ese hombre excepcional, que fue Richard Sorge.

Guillain en su obra, testimonios directos sobre el personaje,

nos muestra los rasgos humanos del espía, su grandeza de ideal antinazi, la profundidad de sus convicciones de comunista acariciadas en lo más profundo de su ser con la limpieza y firmeza de una fidelidad a sus puros sentimientos revolucionarios. Lo extraordinario e impresionante es cuando se conoce el doble juego de su personalidad que tiene que mantener oculta para poder cumplir la alta misión que se ha impuesto al servicio de sus ideales, pero que tiene que ser desarrollada desde el campo del enemigo; desde los servicios secretos de Hitler, del nazismo. Su temerario objetivo de servir a la Unión Soviética en la lucha por la paz y en contra de la guerra, estaba cargado de peligros, él lo sabía y los aceptaba llevado de su espíritu de abnegación y sacrificio. Guillain nos ofrece facetas humanas de Sorge y Branko y bien que no comparta sus convicciones, rinde homenaje a su nobleza, a su coraje y a su espíritu de sacrificio. Es de lamentar que el libro de Guillain no haya aparecido en los primeros momentos llevando la iniciativa, a otros biógrafos que no vieron en las figuras de Sorge y sus compañeros de martirio más que a vulgares espías; a unos traidores y no las motivaciones ideales que les animaban en su misión. Guillain, curándose en salud, declara que nunca podría ser ni comunista ni espía, no obstante, exalta el coraje, rinde homenaje a su colega y a Branko su asistente en la agencia Havas y que, sin que lo descubriera, era el colaborador principal y más eficaz del «agente». Ni Sorge, ni sus compañeros, realizaban su misión por dinero, sino por servir a su ideal de comunistas. Así lo declararon ante sus jueces.

Richard Sorge es un personaje apasionante que entra en la Historia como uno de los héroes singulares de la segunda guerra mundial. Nace el 4 de octubre de 1895 en Bakú, de madre rusa



Stalin y Ribbentrop se estrechan la mano, tras la firma del Pacto Germano-Soviético de No Agresión el 23 de agosto de 1939.



Defensores de Stalingrado ante las tropas de la Wehrmacht en 1942. *Novosti.*)

y padre alemán. Cuando contaba tres años, su familia se instala en Berlín, donde se desarrolla su infancia. De joven toma parte en la primera guerra mundial siendo herido. Cuando es desmovilizado, siente un gran odio a la guerra y está poseído de un ardiente sentimiento de dedicar su vida a la lucha por la paz. Termina su doctorado en ciencias políticas e ingresa en el Partido Socialdemócrata (Socialista). En 1919 toma parte en la revolución espartaquista con Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht, asesinados bajo el gobierno socialdemócrata de Noske. En el proceso de escisión del socialismo alemán, es uno de los fundadores del Partido Comunista que sería el más importante de los integrantes de la Tercera Internacional que acababa de fundarse en Moscú bajo la dirección de Lenin. La acción represiva del gobierno obliga a Sorge a refugiarse en Holanda.

En Holanda el joven Sorge

dedícase a dar clases, a escribir, a practicar el periodismo, a estudiar idiomas, en particular el japonés. Debido a su carácter y tenacidad; en el desarrollo de sus propósitos y transcurrir de su agitada vida, va consolidando sus convicciones políticas. Su personalidad —como dice Guillain— «es la de un auténtico revolucionario» con una gran voluntad de sacrificio por las ideas a las que había decidido consagrar su existencia haciéndolo compatible con el goce de la vida. Le gustaba viajar, según Guillain, vivir bien, la música, las mujeres con las que tenía fáciles éxitos.

Los años de exilio de Sorge transformaron un tanto su primera personalidad de joven rebelde para forjar otra como escritor y, sobre todo, como periodista con un ganado prestigio y popularidad, pero sin que en su interioridad, en sus sentimientos se borrara el pasado, todo lo contrario, ni su íntima ideología ni sus convicciones.

Estas habían adquirido otra dimensión, otra profundidad. Ya no era el joven espartaquista, sino el revolucionario maduro y consciente que se aventuraba a un empeño personal de altos vuelos con objetivos trascendentales.

A los diez años de la revolución alemana, olvidada ésta y sus actores; cuatro años antes del triunfo de Hitler; una Europa cargada de malos presagios, el fascismo en Italia y una situación internacional tremendamente conflictiva, Sorge decide en 1929 ingresar en el Departamento de los Servicios Secretos del Estado. Habla varios idiomas, está especializado en los problemas de Extremo Oriente, su capacidad profesional la acreditaba con sus trabajos de tipo cultural. Tiene presencia y figura personal, un aspecto atractivo y simpático que completa con una expresiva inteligencia. En una palabra, reunía las condiciones requeridas para ser un «agente secreto de los



Generales alemanes prisioneros del Ejército soviético, tras la batalla por Stalingrado en enero de 1943. (Novosti.)

servicios de inteligencia del III Reich». Formando parte de ese organismo, viaja por todo el mundo inclusive por la Unión Soviética, tierra donde años más tarde demostraría que tenía bien anclados sus planes y propósitos. Su pasaporte será siempre el de un «periodista». Se llevó a la tumba el secreto de sus servicios de 1929 a 1933 y de 1933 a 1938 año en que se instala en Tokio.

Al triunfo de Hitler en 1933, Richard Sorge regresa de sus viajes a una Alemania bajo la dictadura y la euforia triunfalista del partido nazi. La socialdemocracia, el partido comunista, los poderosos sindicatos han sido barridos de la escena política. Con el nazismo se inicia el período de los fatídicos campos de concentración y de exterminio y el terrorismo en contra de los judíos. El nazismo alemán y el fascismo italiano son un peligro para la paz de Europa y el

militarismo japonés para Asia, para Extremo Oriente. El nazifascismo amenaza la paz y provoca la guerra.

Ante una situación de negras perspectivas, Sorge toma una desconcertante decisión: Pide el ingreso en el Partido Nacional Socialista de las odiosas camisas «pardas». ¿Qué le lleva a esa decisión que, en apariencia, está en contradicción con su pasado...? A partir de ese momento en los servicios secretos del Führer y de Ribbentrop, figurará el nuevo nazi Richard Sorge, especialista en los problemas de Extremo Oriente. Con esa personalidad y a todos los efectos como corresponsal del diario «Frankfurter Zeitung» es enviado en 1938 a Tokio, pero en realidad su misión será la de agente secreto que no podrá revelar ni a su propio embajador.

Los acontecimientos que posteriormente envolvieron la apasionante vida de Richard Sorge,

han revelado que su ingreso en el partido nazi había sido determinado por una sola y poderosa razón: La de servir a los más altos intereses de su ideal y a los de la Unión Soviética en su lucha por la paz y en contra de la guerra. Al servicio de esa misión pondría sus afanes y empeños desde la peligrosa y difícil trinchera del propio nazismo. Para ello sería necesario un temple de acero. Su misión era un reto permanente a la muerte. Nadie pudo descubrir la personalidad que encerraba el discreto «periodista» hasta que llegó la tragedia de finales de 1941.

La llegada a Tokio del «periodista nazi», coincidió con la de su colega francés Guillain. Ambos se acreditan como corresponsales extranjeros en sus respectivas embajadas y organismos oficiales. El periodista francés al poco tiempo reconoce que Sorge es el corresponsal de prensa mejor informado.

Richard Sorge gana rápidamente la confianza y simpatía del personal de la embajada alemana, en particular la del general nazi Augen Ott agregado militar y la de su esposa. La amistad con los Ott le permitiría estar al corriente de todo lo que pudiera interesarle de los asuntos diplomáticos. Al poco tiempo el general es designado embajador por lo que la confianza e influencia del periodista adquiriría una mayor importancia a la vez que el general, ascendido a embajador, mostraba acrecentada la confianza que en él depositaban Hitler y Ribbentrop. El embajador propone a Sorge como agregado de prensa propuesta que rechaza, pues no quiere ser más que «periodista». Algunos historiadores insinúan que entre Madame Ott y el espía existía una cierta intimidad. Sin embargo, los hechos revelaron que ni el embajador ni su esposa sospecharon nunca que su amigo y confidente formara parte de los servicios secretos del gobierno alemán, servicios que por lo general operan

al margen de las embajadas. El embajador no sospechó nunca que el periodista fuese un agente secreto, mucho menos que lo fuera al servicio de Moscú. Su violenta reacción cuando conoció la noticia de su detención, no deja la menor duda de que estaba en la más completa ignorancia.

La situación internacional cuando llega Sorge a Tokio ofrece todo un panorama de conflictos generalizados. El peligro de una guerra mundial aparecía como inminente. El nazifascismo estaba en plena ofensiva y las llamadas democracias, con su cobardía, retrocediendo en todos los frentes diplomáticos, inclinándose ante las agresiones de Hitler y Mussolini y ante los hechos consumados. La Sociedad de las Naciones desde Ginebra, revelaba su total ineficacia y carencia de autoridad. Algo así como las Naciones Unidas (desunidas) de hoy. El eje Berlín-Roma-Tokio amenazaba a toda la humanidad. La guerra de España tocaba a su fin, Mussolini con-

solidaba su dominio en Etiopía y Albania; Alemania se adueña de Austria y desmembra a Checoslovaquia. El Japón penetra en China y amenaza a la Unión Soviética obligándola a mantener un poderoso ejército en Extremo Oriente. El nazifascismo lleva adelante su política de agresiones y dominación sin reservas. El agente Sorge está situado en el lugar clave para el desarrollo de su misión en Extremo Oriente en relación con los proyectos y aventuras del nazifascismo y el militarismo japonés. La segunda guerra mundial estaba a la distancia de un año.

El agente Sorge nada más instalarse en Tokio organiza el centro de espionaje más extraordinario al servicio de la URSS con su personalidad de corresponsal de prensa y de agente secreto alemán.

En poco tiempo cuenta con un centro, un núcleo central y con una red numerosa de colaboradores indirectos manejados con tal habilidad que desconociéndose entre ellos, ninguno



Vista de la plaza central de Stalingrado después de liberada la ciudad en enero de 1943. (Novosti.)

le daba importancia ni apreciaba la colaboración que prestaba. Sorge actuaba con tal inteligencia y discreción que nadie descubrió su verdadera personalidad. El embajador alemán considerábale como el más eficaz hombre de relaciones públicas de la embajada.

Del libro de Guillain se desprende que el agente secreto alemán relacionábase con el IV Bureau del Ejército Rojo. Sorge con su pasaporte de periodista, encubría su personalidad de agente. El secreto de sus primeros servicios que sin duda debieron ser de extraordinaria importancia, se lo llevó a la tumba o tal vez se encuentren en algún archivo. ¿Podrían tener alguna relación con las dramáticas «purgas» de Stalin en el seno del Ejército Rojo...? Es una aventurada hipótesis, una incógnita

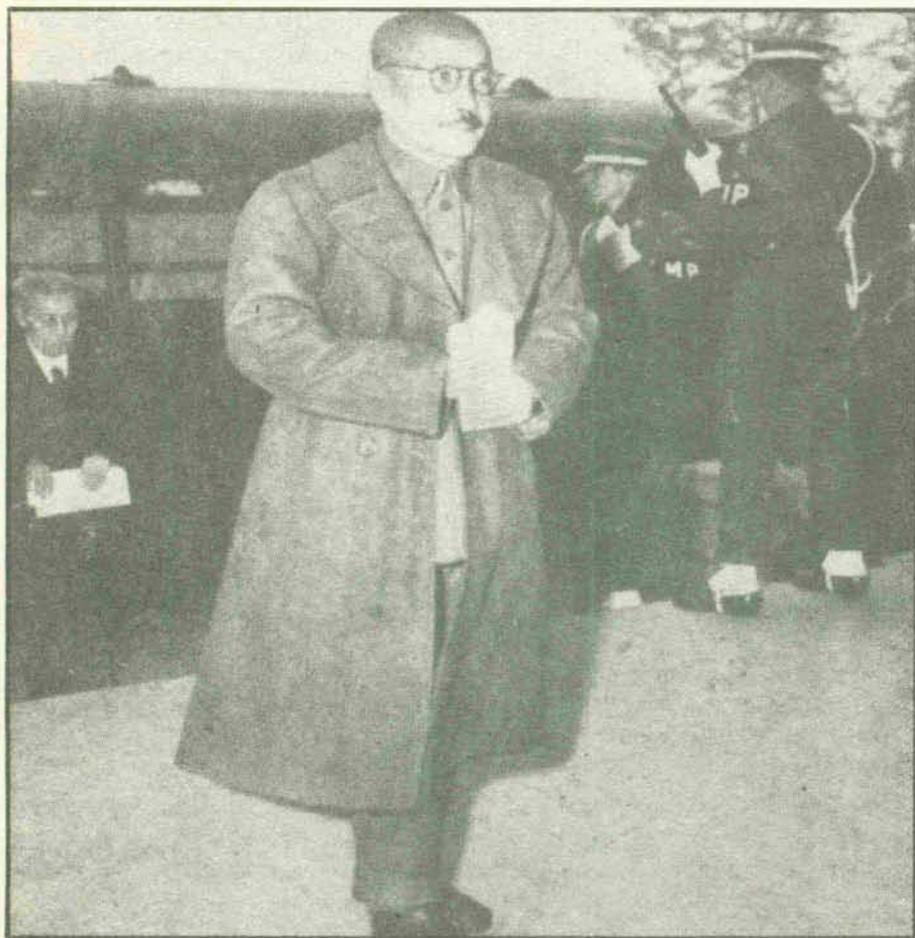
histórica que se pierde en la maraña de los misterios de los servicios secretos de los gobiernos y hombres de Estado.

En el llamativo edificio «Dentsy Building» de Tokio estaban establecidas las agencias internacionales de prensa: Havas (AFP) francesa; Domei, japonesa; Estefani, italiana; DNB, alemana; Reuther, AP, UP. Era en ese edificio donde se concentraban y movían los corresponsales de prensa extranjera. Por aquellos pasillos y despachos se agitaban a la caza de noticias y exclusivas de última hora, en competencias y celos profesionales los corresponsales de prensa extranjera. Para el agente nazi, «periodista», aquel medio era el campo más aprovechable y eficaz para el desarrollo de sus objetivos de largo alcance.

El periodista Sorge pasa por situaciones difíciles entre sus colegas como consecuencia de los brutales virajes de la política internacional. El primero fue con motivo del pacto germano-soviético que, si por un lado favorecía su labor, por otro le creaba dificultades con sus colegas occidentales anti-nazis. Esta situación se complica más para el agente nazi, cuando Alemania ataca a la Unión Soviética después de la declaración de la guerra a Francia e Inglaterra a la que se suma Italia. El propio Guillain tiene violentos encuentros con su antiguo colega. Por vosotros (refiriéndose a los alemanes) mi abuelo vivió la guerra del 70; mi padre, la del 18 y ahora yo, la del 39... ¿Queréis más sangre, le preguntaba? En esta ocasión, os aplastaremos, le decía. Sorge escuchaba todos los improperios sin discutir. Le pide a Guillain que le acepte la invitación de una cena.

Convenida la cena, Sorge declara a su compañero de prensa, que él odia la guerra y ama fervientemente la paz. Le deja entrever que no está conforme con la política de guerra de Hitler. Las declaraciones de Sorge debieron ser convincentes para Guillain, pues entre el francés y el otro alemán, discreta e indirectamente, sus relaciones personales no se rompieron, continuaron siendo cordiales y de estima como lo reconoce en su libro, sirviendo de enlace su ayudante Branko, el periodista yugoslavo y su asistente en la agencia Havas.

El núcleo decisivo en que se apoyaba Sorge estaba constituido, podría decirse, científicamente: El elemento clave sería Hozumi Osaky (Otto), diplomático japonés, introducido en los organismos oficiales, inclusive con miembros del Consejo Imperial, consejero y confidente del príncipe Konoye, presidente del gobierno. El segundo elemento sería el simpático y charlatán —para despistar— el



Hideki Tojo (1884-1948). Ministro de la Guerra en 1940. Provocó la caída del Gabinete Konoye, al que sucedió como presidente del Consejo Imperial en octubre de 1941. Decidió el ataque a Pearl Harbor (el 7 de diciembre de 1941). Tras la derrota del Japón dimitió en julio de 1944. Fue ejecutado como criminal de guerra por los norteamericanos.



Las conversaciones de Chanchun, entre japoneses y rusos, sobre la capitulación del Ejército de Cuantun (septiembre de 1945). (Novosti.)

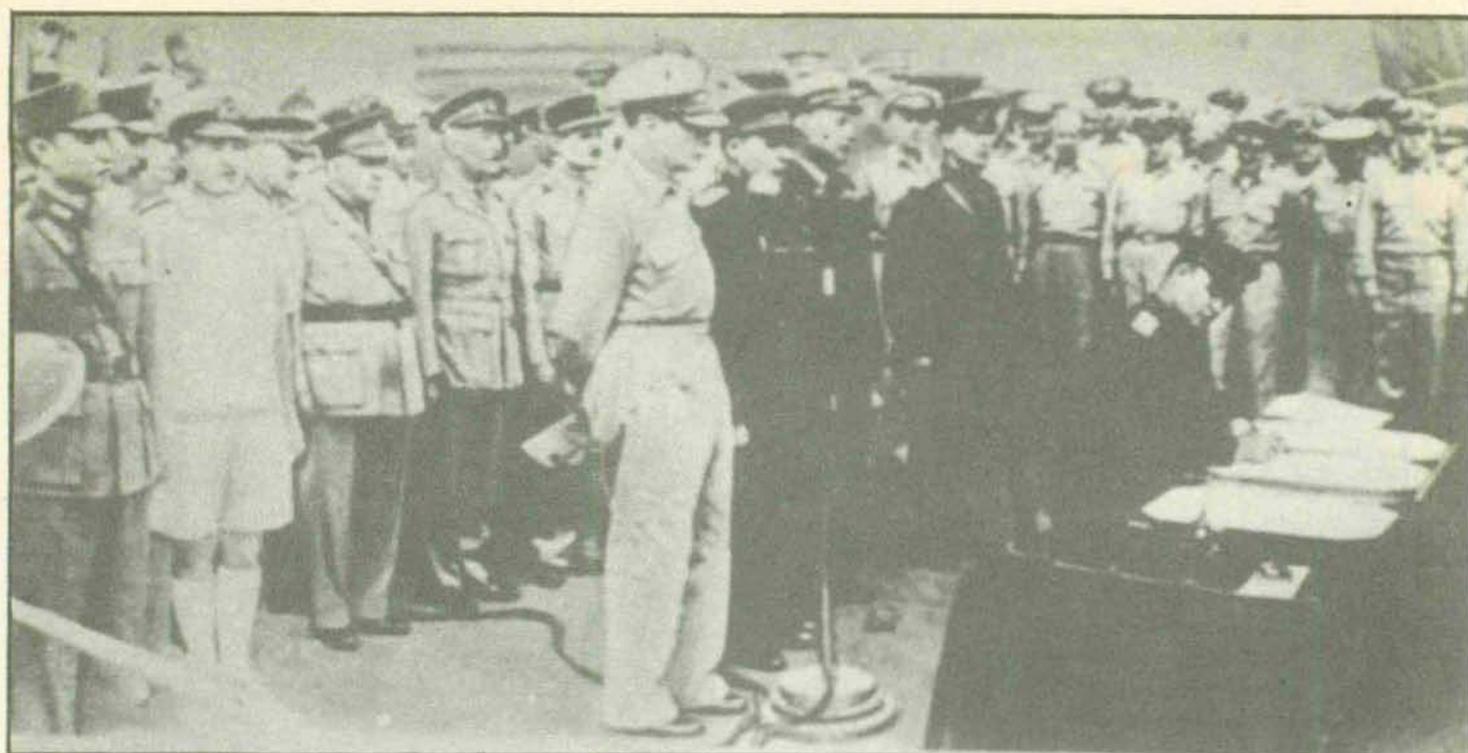
periodista yugoslavo Branko de Voukelitch (Gigolo, INCL) que llevaba varios años en el Japón trabajando en la agencia Havas como asistente de la dirección conociendo el japonés y el medio social. En su juventud había sido miembro de las Juventudes Comunistas de Francia. Su jefe, Guillain, recibió una gran sorpresa al conocer que su ayudante no sólo estaba implicado en la red de espionaje, sino que era un fiel comunista. El tercer elemento sería Max Klausen, el radio-telegrafista operador de una estación clandestina (Wiesbaden) en pleno Tokio que en menos de dos años había transmitido a los centros soviéticos más de 140 mensajes con más de 77.000 palabras.

Richard Sorge mantenía relaciones con un miembro del Partido Comunista Japonés, Ito Ritsy y con el pintor Yotoku Miyagi (Joe) que había alcanzado cierta notoriedad y prestigio como pintor entre altos jefes militares por haberse especializado en hacer retratos a signifi-

cados generales y coroneles. Todos querían tener un retrato hecho por el pincel de Miyagi. Durante las sesiones de «pose», desarrollábanse conversaciones y confidencias importantes que pasaban al «patrón». Aparte de los personajes señalados la red contaba con otros colaboradores directos o indirectos ajenos por completo a la aplicación que podrían tener sus conversaciones amistosas y en «confianza». Sin duda el más importante, de primera categoría en este grupo —también en el campo de la ignorancia y buena fe— sería el propio embajador alemán, el general Ott y su esposa, quienes, como ya leyó el lector, tenían depositada toda su confianza en el periodista Sorge. El trabajo del corresponsal de «Frankfurter Zeitung» fue tan inteligente y sutil que hablando perfectamente el ruso, jamás le descubrieron que dominara ese idioma. Para la embajada, Sorge era un nazi fiel a Hitler y al nazismo.

Las misiones realizadas por

Sorge y su aparato de doble juego fueron extraordinarias y decisivas. Entre ellas se le atribuyen las siguientes: Con unas semanas de antelación, anunciaría a los soviéticos que el Japón declarararía la guerra a China, señalando las fuerzas que emplearían; en la primavera de 1939, comunicaría que la invasión hitleriana a Polonia tendría efecto el primero de septiembre; en abril de 1941, revelaría a los rusos que los nazis hacían preparativos bélicos a lo largo de sus fronteras señalando que el Estado Mayor alemán había concentrado 150 divisiones; que la operación «Barbarroja» estaría apoyada por tres millones de soldados, dos mil aviones, 3.500 tanques y 6.000 vehículos, facilitando al mismo tiempo, un esquema de las futuras operaciones, más tarde señalaría, con toda exactitud, la fecha de la agresión: el 22 de junio. ¿Cómo podía, desde Tokio, facilitar esas informaciones que anunciaban decisiones tomadas por Hitler en Berlín...? Una hipótesis se-



ría que el gobierno alemán informaba al japonés sus planes de ofensiva con el propósito de que el japonés lanzara a su vez el ataque por el norte en contra de la Unión Soviética. La otra hipótesis sería que Sorge, su red, contaba con un aparato propio en Berlín y que por seguridad sus mensajes se desviaban Tokio-Moscú.

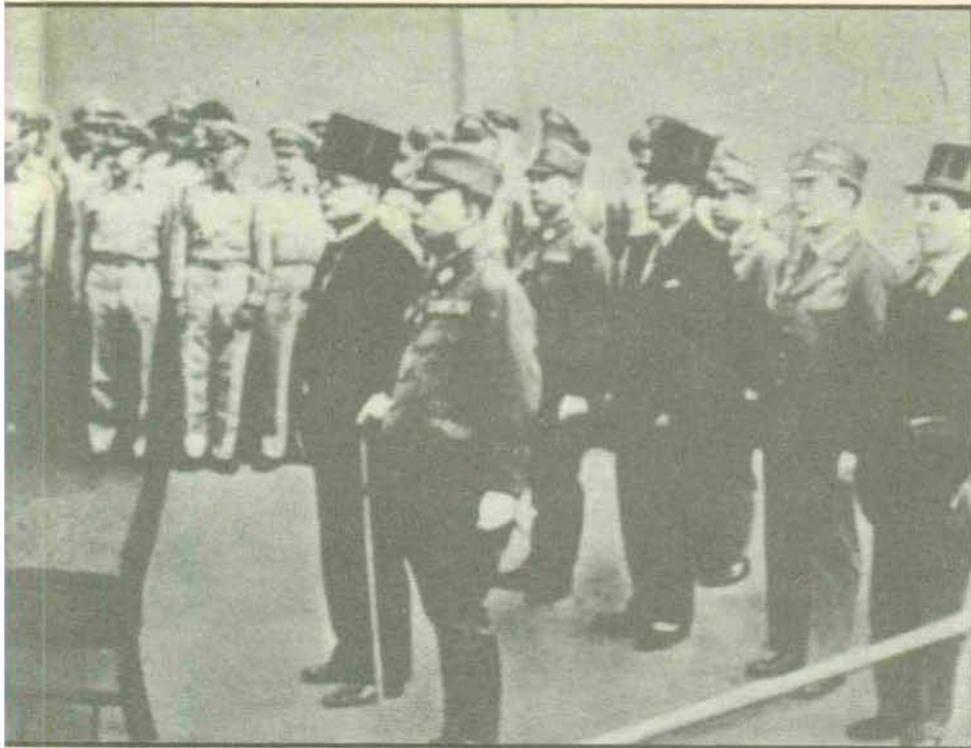
El ataque de Hitler a la URSS rompía el pacto de no-agresión. A los nazifascistas los compromisos diplomáticos y la Sociedad de las Naciones, les importaba un bledo. Para el Estado Mayor del Ejército Rojo, en esa nueva situación, lo esencial era la de descubrir cuales serían los proyectos bélicos del Japón; si se dispondría a atacar a la URSS como deseaba Hitler o permanecería fiel al tratado de neutralidad. Esclarecer ese punto para los rusos era decisivo y fundamental. Si el ataque alemán coincidía con una agresión japonesa en su frontera norte, Extremo Oriente, la situación de la Unión Soviética sería difícil. Esa acción en tenaza combinada la pondría en peligro. Adivinar, conocer con plena responsabilidad, los propósitos, los

planes, del gobierno japonés, resultaba esencial para el Estado Mayor del Ejército Rojo y para su Comandante Supremo, José Stalin. El agente nazi, el periodista nazi, Richard Sorge, revelaría ese problema de angustia, esa incógnita de la que dependería la propia existencia de la URSS y con ello cumpliría la misión más importante y transcendental de su colaboración secreta en favor de la Unión Soviética. A ese respecto en el primer aviso diría: «Los japoneses atacarán hacia el Sur, en dirección a Indochina y no hacia el norte.» En otro mensaje confirmaría que, en efecto, el ataque se realizaría hacia Tailandia y territorios malayos. De esas informaciones se desprendería que el Japón respetaría el tratado de neutralidad de abril de 1941. El Japón, por el momento, dejaba de ser una amenaza, una tremenda preocupación para Stalin.

El mes de agosto de 1941 fue crucial. En el seno del gobierno japonés existían serias contradicciones entre los elementos liberales del Príncipe Konoye y el ministro de la guerra general Tojo, representante del grupo

militarista partidario de Hitler. En una situación difícil celebra una Conferencia Imperial ultra-secreta en la que el Japón decidiría su política de guerra. A las pocas horas de la reunión, el agente Sorge tenía en su poder las resoluciones adoptadas en las que se consideraba «que las fuerzas japonesas no estaban en condiciones ni preparadas para luchar en contra de la Unión Soviética». Se produce la crisis de gobierno siendo eliminado el príncipe Konoye tomando el poder el general Tojo, representante del militarismo japonés pro-nazi. Tojo sería la guerra. Si Hitler ambicionaba crear «la Gran Alemania», los militares japoneses soñaban con el «Gran Japón».

En un mensaje del 15 de octubre de 1941, Sorge comunicaba al Centro del Ejército Rojo, a Stalin, la noticia decisiva para la Unión Soviética y podría decirse que para todos los pueblos: «Tojo, informaba: ha decidido, irrevocablemente, concentrar sus esfuerzos en el Sur, descartando la posibilidad de ataque a la URSS por Siberia.» En este mensaje anunciaba que los japoneses preparaban el ataque a



El teniente general Derevianko firma como representante de la Unión Soviética el Acta de capitulación incondicional del Japón a bordo del acorazado norteamericano «Missouri», el 2 de septiembre de 1945, ante la delegación japonesa. (Novosti.)

El 16 de ese trágico mes, como ya se señaló, toma el poder en el Japón el general Tojo que desde los primeros momentos inicia una acción policíaca de brutal represión. En los primeros momentos es detenido el comunista japonés Ito Ritsu, que formaba parte del equipo de Sorge, así como el pintor Yotoku Miyagi, integrante también del grupo. Por bárbaros procedimientos de la tortura, se pone al descubierto la personalidad de Richard Sorge y de sus principales colaboradores, Osaki, Klausen y Branko. Todos son arrestados. Esas detenciones producen una gran conmoción en Tokio, en los medios sociales, en la prensa extranjera, sus corresponsales y, sobre todo, en la

la base naval de Pearl Harbor, para el 7 de diciembre. Fueron sus últimos y grandes servicios prestados a la causa de la paz, en contra de la guerra y en defensa de la Unión Soviética y de sus aliados. Las grandes reservas del Ejército Rojo estacionadas en Extremo Oriente, en Siberia, a la espera de un ataque japonés, descartado éste, pudieron acudir a la defensa de Moscú y Stalingrado. La llegada de esos refuerzos salvaron a Moscú y contribuyeron a la liberación de Stalingrado con la gran victoria gracias a la cual, con la ayuda del general «Invierno», el Ejército Rojo obliga a capitular al VI Ejército nazi de 300.000 hombres con el Mariscal Von Paulos a la cabeza. s de refresco llegadas de Siberia, Moscú y Stalingrado se habían salvado. El «Agente nazi», Richard Sorge, reconocen algunos historiadores, en especial el periodista Guillain, había salvado a Moscú de ser ocupado por las hordas nazis. En esas dos grandes y decisivas batallas, el nazismo iniciaba su derrota. Pero Sorge, con su último servicio excepcional de octubre, viviría los últimos días de su apasiona-

da y emocionante historia ofrendando su libertad, su vida a la noble causa de la paz y del socialismo.

El final de octubre de 1941 fue fatal para Sorge y su grupo.



Robert Guillain, corresponsal de «Le Monde» y director de la agencia Havas, en Tokio, en el período de Richard Sorge como corresponsal del periódico alemán «Frankfurter Zeitung».



La tumba de Richard Sorge en el cementerio de Musashi Koganei de Tokio. La lápida reza: «Aquí yace un héroe que dio su vida por la oposición a la guerra y por la paz del mundo.»

embajada alemana y en su colonia. En los primeros momentos se considera que se trata de una patraña policíaca. La embajada protesta ante el gobierno nipón por la detención del periodista alemán reclamando su libertad. Nadie quería creer las versiones del gobierno y de su prensa. Ante la evidencia el embajador nazi, general Ott, se convence de que su gran amigo y confidente, el excelente periodista nazi, no era más que un agente nazi al servicio de la Unión Soviética. Para la embajadora ese descubrimiento debió ser una gran desolación. Todo el mundo se sentía engañado por el más capaz e inteligente de los corresponsales de prensa extranjera de Tokio, representante del diario alemán «Frankfurter Zeitung». Sorge en la prisión decía con firmeza en cada ocasión: «Estoy orgu-

lloso de haber cumplido con mi deber, a él entregué mi vida». Su deber era la lucha por la paz y en contra de la guerra. Cuando todo estaba perdido, escribió su confesión.

Las dos figuras principales de la red, Sorge y Osaki, fueron condenados a la horca, los demás a cadena perpetua. A los tres años de tortura y prisión, el 7 de noviembre de 1944, conmemoración de la Revolución rusa de octubre, Sorge y Osaki fueron ahorcados en la madrugada de ese trágico día. En el cementerio de Tama, en las cercanías de Tokio, reposan las cenizas de Sorge. Transcurridos pocos meses sería el final de la guerra. En septiembre de 1945, el militarismo japonés capitularía, Mussolini ya había sido colgado por los guerrilleros y Hitler suicidado en su bunker de Berlín. Unos

meses más de prisión y Sorge y sus hombres se habrían salvado. Animaron siempre la esperanza de ser canjeados o entregados a la URSS. Vivieron la victoria, pero no la gozaron. Uno se pregunta ¿cómo en aquellos momentos, noviembre 1944, en que la guerra ya estaba prácticamente decidida, Stalin, los servicios secretos soviéticos, no hicieron esfuerzos, gestiones expeditivas que salvaran la vida de los héroes en prisión? No queremos llegar a la conclusión del periodista Guillain que considera en su libro, «que si Sorge hubiese sido entregado a los rusos, habría tenido pocas posibilidades de sobrevivir un largo tiempo. Stalin —dice— no apreciaba a las gentes que sabían demasiado»... ¿Insinúa que habría sido purgado...?

En 1965, bajo el período de

Kruschchev, Moscú recuerda y conmemora la gesta de Richard Sorge, con veinte años de retraso. Stalin no lo había hecho. Se reivindica y honora el nombre del «periodista y agente nazi». Hasta ese año sobre su tumba sólo podía leerse: Richard Sorge. 1895-1944.

A partir de 1965 sobre su tumba está inscrito el siguiente epitafio:

*«Aquí yace un héroe que dio su vida por la oposición a la guerra y por la paz del mundo. Richard Sorge, héroe de la Unión Soviética.»*

Una calle de Moscú y un submarino, llevan el nombre de Richard Sorge. Fue emitido un sello de correos con su efigie. A los veinte años se hacía justicia «al espía que salvó a Moscú».

Cuando hace años conocimos la historia de Richard Sorge y descubrimos que el héroe de Tokio resultaba ser nieto de Antonio Federico Sorge (1828-1906), recibimos una sorpresa no exenta de emoción. El abuelo de Sorge es uno de los personajes al que el autor de este trabajo se refiere en diferentes capítulos de su obra «Los Congresos Obreros internacionales en el siglo XIX. Sorge abuelo, fue uno de los dirigentes de la Primera Internacional creada en 1864 y su último secretario general cuando ésta acuerda disolverse en su VII Congreso celebrado en Filadelfia, en julio de 1876. A la sigla, AIT le daría continuidad el anarquismo hasta nuestros días. Bakunin, el gran enemigo de la internacional marxista, moriría el mismo mes y año.

Antonio Federico Sorge fue uno de los grandes y fieles amigos de Carlos Marx y Federico Engels como lo atestigua su correspondencia con los dos grandes forjadores del pensamiento socialista. Desde los Estados Unidos fue un eficaz colaborador de la Primera Internacional y uno de los precursores del mo-

vimiento obrero y socialista de América. Engels en una de sus cartas le anunciaba el envío del semanario español «La Emancipación» de Madrid que dirigía José Mesa, advirtiéndole que se trataba de la mejor publicación de la Internacional. «La Emancipación» de Madrid, pues, se difundía en los Estados Unidos a través de Sorge, Secretario General de la Internacional. Desde su puesto y en relación directa, con Engels (corresponsal para España) Sorge prestaba

especial atención al movimiento obrero español.

La firmeza, la abnegación y el sacrificio de Richard Sorge, hicieron honor a la noble figura de su abuelo, gran internacionalista, pionero del movimiento obrero internacional, fiel amigo de Carlos Marx y Federico Engels hasta el final de sus días... Richard Sorge, su nieto, «el espía» que salvó a Moscú, ha sido digno del ideal y de la historia de su abuelo Antonio Federico Sorge. ■ A. del R. D.

**Documentación:**

Robert Guillain: «L'Espiñon qui sauva Moscou.» Editions du Seuil. París, 1981.

D. Pastor Petit: «El espía más grande del mundo. Richard Sorge, un idealista.» La Vanguardia, Barcelona, 19-3-1971.

Grabados: Archivo «La Vanguardia» y del autor.



Richard Sorge (Ramsay-Fix-Inson) (1895-1944). Corresponsal del «Frankfurter Zeitung», en Tokio, de 1938 a 1941. Sello de correos emitido por la Unión Soviética en homenaje a Richard Sorge, en 1965.